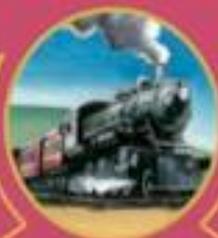


M. G. LEONARD Y SAM SEDGMAN

# MISTERIO EN EL TREN



**El ladrón  
del  
Highland Falcon**

Cuando Harrison Beck se entera de que acompañará a su tío, el escritor de viajes, en el último viaje del Highland Falcon, no espera nada más que unos días aburridos a bordo de un viejo tren. Pero todo se volverá mucho más interesante cuando los príncipes suban para el último tramo del viaje. Sobre todo porque alguien ha cambiado el collar de diamantes de la princesa por uno falso, lo que significa que hay un ladrón entre los ilustres pasajeros del tren más elegante y glamuroso de toda Inglaterra.

Ahora todo está en manos de Harrison, quien usará su capacidad de observación para no dejarse llevar por las apariencias y descubrir al ladrón. Solo así podrá recuperar el collar y conseguir que el Highland Falcon no vea su leyenda empañada antes de su última parada...

# Índice de contenido

- Capítulo 1. Un billete de ida
- Capítulo 2. El Highland Falcon
- Capítulo 3. Perros y diamantes
- Capítulo 4. Una gran salida
- Capítulo 5. Una cena de perros
- Capítulo 6. El festín fantasma
- Capítulo 7. El fiordo de Forth
- Capítulo 8. Un polizón real
- Capítulo 9. Piernas de ferroviario
- Capítulo 10. La sala de máquinas
- Capítulo 11. La Urraca
- Capítulo 12. «La invención del tiempo»
- Capítulo 13. La sala del trono
- Capítulo 14. Batacazo en Balmoral
- Capítulo 15. Escalera abajo
- Capítulo 16. Secretos y bollos
- Capítulo 17. El nido eléctrico
- Capítulo 18. Un Atlas roto
- Capítulo 19. Un interrogatorio para desayunar
- Capítulo 20. Espías y coartadas
- Capítulo 21. Pasando el viaducto

Capítulo 22. Ataque de nervios en Settle

Capítulo 23. «El aliento del dragón»

Capítulo 24. La llave acusadora

Capítulo 25. Observaciones ilustradas

Capítulo 26. Sonidos y visiones

Capítulo 27. Extrayendo conclusiones

Capítulo 28. Que alguien me detenga

Capítulo 29. Abróchense los cinturones y prepárense

Capítulo 30. Una jaula de maletas

Capítulo 31. El final del trayecto

Capítulo 32. Descarrilando

Capítulo 33. Próxima parada

Nota de los autores

Agradecimientos

Sobre los autores

Dedicado a tres generaciones de la familia  
Sparling:  
a John, a Sam y Seb, y a Arthur

*M. G. Leonard*

A mis padres, que me apoyan con todo  
su corazón en todo lo que hago

*Sam Sedgman*

Los trenes son maravillosos. Viajar en tren significa ver la naturaleza y a los seres humanos, los pueblos, las iglesias y los ríos; en definitiva, ver la vida.

AGATHA CHRISTIE

## Capítulo 1

### Un billete de ida

Harrison Beck se sacó un bolígrafo del chubasquero amarillo, le dio la vuelta hábilmente con el dedo índice y se puso a escribir en el margen central del periódico extendido sobre la mesa. Las arrugas de preocupación que se marcaban en la frente de su padre empezaban a ponerlo nervioso.

Colin Beck dejó la sección deportiva del diario con un suspiro exasperado y señaló el reloj de la estación.

–Habíamos quedado a las cinco con tu hermano. Estamos en la cafetería que nos dijo y son las cinco. –Contempló a la gente que pasaba ante ellos–. ¿Dónde demonios está, Bev?

Beverly Beck posó la mano en la manga de su marido y lo regañó con ternura:

–No te estreses, cariño, o te dará una indigestión. Nat llegará a tiempo.

Hal movía el boli compulsivamente mientras estudiaba el rostro de su madre. Parecía cansada, y llevaba puesta la trenca azul de su padre, que le quedaba enorme, pero el embarazo estaba tan avanzado que le asomaba el vientre por delante. A Hal nadie le había preguntado si quería tener una hermanita; iba a tenerla tanto si le gustaba como si no. Entonces soltó el boli y dijo:

–Mamá, no quiero irme con el tío Nat. Prefiero quedarme con vosotros. Además, no me gustan los trenes. Son un rollo.

–Lo sé, salchichita –respondió ella alborotándole el pelo–, pero te vendrá bien pasar un tiempo con tu tío. Es un hombre interesante.

Hal puso mala cara. Siempre que un adulto decía que algo era bueno para ti significaba que iba a ser aburrido, asqueroso o las dos cosas.

–Estarías encerrado en la sala de espera de un hospital, que no es lugar para terminar las vacaciones de verano. –Le dio una palmadita en la cabeza–. Hasta es posible que lo pases bien y todo.

–Lo dudo.

Hal alzó la vista al cielo nublado que se divisaba a través del techo de cristal. No le apetecía viajar en tren con un tío excéntrico al que solo veía en Navidad. Los altos arcos de ladrillo de King's Cross estaban cubiertos por una celosía blanca, que hacía que el interior pareciera una colmena y los ajetreados pasajeros, abejas. Un hervidero de gente corría de un lado a otro arrastrando maletas y portando maletines. Un hombre intentaba vender periódicos junto a un puesto de metal. Hal pudo leer el titular «El ladrón de joyas ataca de nuevo» cuando una señora trajeada le compró uno y se lo guardó bajo el brazo para leerlo en el tren. Dos palomas de pecho abultado se acercaron a la mesa picoteando el suelo.

Colin Beck dio una patada al aire.

–Fuera de aquí, bichos –gruñó.

Hal miró a su padre con el ceño fruncido, arrancó la corteza de su bocadillo de jamón a medio comer y se agachó para lanzársela a las aves de ojos desorbitados, que comenzaron a pelearse por el trozo de pan. En ese momento, unas deportivas de ante de color carbón con tres rayas blancas se detuvieron ante la mesa. Encima de ellas, unos pantalones castaños de espiguilla con las pinzas bien marcadas. Solo podía tratarse de una persona. La silla metálica de su madre emitió un chirrido al desplazarse.

–¡Nat! –exclamó, rodeando la mesa y echándose a los brazos de su hermano mayor.

–Tranquila, Bev, que me vas a tirar. –El tío Nat dejó la maltrecha maleta de cuero y el paraguas y le devolvió el

abrazo—. ¿Cómo estás, querida? ¿Todo bien?

—Sí—respondió ella, mirando a Hal—. Estoy bien.

—Me alegro de verte, Nathaniel. —Su padre se había levantado y estrechaba la mano de su cuñado—. Te estamos muy agradecidos, de verdad.

Los ojos de Hal fueron de uno a otro. El tío Nat estaba compuesto de líneas rectas. Era delgado, llevaba el pelo liso bien cortado y unas gafas gruesas de carey. Su gabardina beis y su jersey mostaza combinaban a la perfección con los pantalones y los zapatos. Su padre, por el contrario, era un amasijo de circunferencias. El rostro amable y redondeado daba paso a un tazón de cabellos canosos con entradas, coronados por una calva. Tenía los hombros encorvados y vestía una camisa de cuadros azul marino, metida por dentro de unos chinos ajustados con cinturón marrón que le resaltaban la barriga.

El tío Nat se volvió hacia Hal con un fulgor en la mirada.

—Ya era hora de que conociera mejor a mi sobrino —dijo tendiéndole la mano—. Has crecido mucho desde Navidad, Harrison. ¿Tienes ganas de que emprendamos nuestra aventura sobre ruedas?

Hal le estrechó la mano y asintió, pero no iba a decir que sí en voz alta, porque habría sido mentira. Un largo viaje de ida y vuelta hasta Escocia con su excéntrico tío en el tren más lento del mundo no era lo que él consideraba una aventura.

—¿Seguro que te parece bien llevarte a Hal? —preguntó su madre, cogiendo la mochila y poniéndosela sobre los hombros—. Ya le he dicho que no te moleste cuando tengas que trabajar.

El tío Nat escribía libros de viajes, y había accedido a que Hal lo acompañara en su próximo periplo mientras Beverly Beck daba a luz en el hospital.

—Por supuesto que sí. No os preocupéis por nosotros. —Nat tocó el vientre de su hermana con delicadeza—. Tú céntrate en traer a este bebé al mundo. Espero que ven-

gáis los tres a recibirnos dentro de cuatro días, a la estación de Paddington.

–Eso. –Hal asintió con efusividad, y, aunque movió los labios, no salieron más palabras de su boca.

–Todo irá bien, hijo –musitó su madre, que se agachó y le acarició la mejilla–. No tengas miedo. Papá cuidará de mí. –Se soltó la cadena que llevaba al cuello–. Toma, la medalla de san Cristóbal del abuelo para que te dé suerte. Es el patrón de los viajeros, así que te protegerá durante el trayecto.

Hal sostuvo la lámina de plata entre los dedos y palpó el grabado de san Cristóbal, con su bastón en la mano y un niño al hombro.

–¿Y qué pasa si la necesitas tú?

–Ya me la devolverás cuando vuelvas a casa. –Beverly se la colgó al cuello, le colocó bien la capucha del chubasquero, que se había quedado enganchada en la mochila, y recorrió su cabello rubio ceniza con las yemas de los dedos–. Te vas a portar bien con tu tío, ¿verdad?

–Sí, mamá.

–¿Qué ruta sigue el Highland Falcon, Nathaniel? –preguntó Colin.

–Subiremos por la costa este hasta Balmoral, donde haremos una parada para comer mañana, atravesaremos Escocia y bajaremos por el oeste.

El padre de Hal asintió con la cabeza y dijo:

–Empezaron a decorar Crewe hace unos días. La estación estaba preciosa cuando tomamos el tren esta mañana.

–Seguro que estarán a la altura de las circunstancias –respondió Nat, guiñándole el ojo a Hal–. Ya verás, recordarás este viaje durante el resto de tu vida.

–Qué suerte tienes, hijo mío. –Su padre le dio una palmadita en el hombro–. Aún me acuerdo de cuando era un chaval y saludaba al *Falcon* con la mano cada vez que pasaba por Crewe. Es una locomotora preciosa.

–Te voy a echar de menos. –Su madre lo abrazó—. Obedece a tu tío, ¿de acuerdo? Nos veremos dentro de cuatro días.

–Vamos a pasarlo en grande. –El tío Nat cogió su maleta, se enganchó el paraguas en el brazo y le ofreció la mano a Hal—. Será mejor que nos pongamos en marcha si no queremos perder el tren.

Hal tenía un nudo en la garganta y no fue capaz de decir adiós. Sus padres se despidieron con una sonrisa a la vez que el tío Nat tiraba de él por el vestíbulo. Vio que su padre rodeaba con el brazo los hombros de su madre en un gesto protector. Entonces dieron media vuelta, se unieron a la multitud y desaparecieron sin más.

–Voy a darte tu billete.

El tío Nat le soltó la mano y tanteó el bolsillo de su gabardina.

Mientras buscaba a sus padres con la mirada, Hal no vio más que los rostros impasibles de los desconocidos. De pronto se sintió vacío por dentro. Nat le entregó un rectángulo de papel.

–¿Estás preparado, Harrison? –La voz de su tío era suave, como la de su madre.

Hal echó un breve vistazo por encima del hombro, luego se volvió hacia Nat y asintió.

–Estoy preparado.

Una muchedumbre se agolpaba junto a la entrada del andén, luchando por el mejor sitio.

–No perdamos tiempo en la alfombra roja –dijo el tío Nat, echando a andar—. Dejemos el foco de atención para quien lo quiera.

Hal notó una punzada de terror al reparar en su chubasquero amarillo y sus vaqueros gastados. No llevaba la ropa adecuada para pisar una alfombra roja.

–Billetes, por favor –pidió un revisor uniformado. Hal mostró la tarjeta blanca en la que figuraba su nombre. Las

cámaras destellaron y el hombre sonrió—. Bienvenido al último viaje del Highland Falcon.

## Capítulo 2

### El Highland Falcon

Lo primero que vio Hal fue un reluciente invernadero sobre ruedas. La mitad inferior del vagón era de madera pulida; la superior estaba compuesta de brillantes placas de cristal unidas por barras doradas que perfilaban el tren formando un arco. Dentro se distinguían frondosas plantas tropicales de color verde.

–¿Cómo es que hay un invernadero en el tren?

–Es un vagón de observación –dijo el tío Nat sonriendo–. Para admirar el paisaje. Así, mientras tiramos millas, podemos disfrutar de los colores del final del verano y contemplar el mar del Norte. Con un poco de suerte, hasta ves al kraken.

–El kraken no existe. –Hal no creía en los monstruos marinos; ya tenía casi doce años.

–¿Ah, no? Bueno, pues puedes tumbarte en uno de los sofás por la noche y mirar las estrellas.

De pronto se oyeron gritos. Al volverse, Hal vio a una mujer que se contoneaba sobre la alfombra roja, ataviada con un vestido de color azul nomeolvides. Miraba a las cámaras por encima del hombro, haciendo pucheros con sus labios rojos y echando la cabeza hacia atrás, riendo sin motivo.

Hal se quedó de piedra.

–¡Es Sierra Knight! ¿Qué hace aquí?

Sin embargo, el tío Nat se alejaba de la alfombra roja a grandes zancadas y no respondió.

–Sierra Knight es famosa –le explicó Hal tras darle alcance–. Es una estrella de cine.

–Sierra Knight es una invitada más –replicó su tío–. Otra de las pasajeras del *grand tour*.

–¿Sierra Knight va a viajar con nosotros? ¡No me lo puedo creer! –Estaba deseando contárselo a Ben, su mejor amigo. Sabía que iba a morirse de la envidia, ya que estaba supercolado de la actriz–. ¿Qué es un *grand tour*, tío Nat? ¿Qué vamos a hacer?

–Pues viajar, comer y dormir en uno de los mejores trenes del mundo, con toda clase de lujos. Es una suerte que nadie nos conozca, porque no tenemos obligaciones formales. La parte aburrida le toca a la pareja real.

–¿Qué pareja real?

–¿No te dije tu madre que venías conmigo en el tren de vapor de la realeza?

–La verdad es que no hice mucho caso –reconoció Hal–. Prefería quedarme con papá para cuidar de mamá.

Nat posó la mano en el hombro de su sobrino y se agachó.

–¿Sabes cuál es la mejor manera de ayudar a tu madre?

–Quitarme de en medio –contestó Hal cabizbajo.

–No. Pasarle bomba conmigo y volver con un montón de historias que contarle mientras se recupera. Ya tendrás miles de oportunidades de cuidar de ella en el futuro. Ahora mismo, tu madre es feliz sabiendo que tú eres feliz. ¿Entendido?

Hal asintió de mala gana.

–Pues, entonces, alegra esa cara y empieza a disfrutar. Fíjate en eso. –Señaló con el paraguas una plataforma que sobresalía del vagón de observación–. Un trabajo de forja exquisito. ¿Ves el motivo de flores que rodea el escudo real? Es fantástico.

Hal se quedó mirando la estructura de metal al tiempo que se preguntaba si su tío no estaría un poco chiflado.

–Esto... Sí, fantástico.

–Después de que la pareja real se una a nosotros en Balmoral, el Highland Falcon reducirá la marcha cada vez que pase por una estación y los príncipes saldrán a la plataforma para saludar al pueblo con motivo de su reciente boda. –Nat levantó un dedo y un mozo de cuerda se acercó corriendo a ellos.

–¿Sí, señor? –El mozo ladeó la cabeza.

–Al compartimento nueve, por favor. –El tío Nat le quitó la mochila a Hal de la espalda y la entregó con su maleta—. Por cierto, Harrison, siempre le hago una visita a la locomotora antes de montar al tren. –Alzó su paraguas hacia el cielo—. ¡A la sala de máquinas! –Según iban recorriendo el andén, extendió el brazo y dijo—: ¡Mira! Son vagones Pullman, el *summum* del lujo.

Hal nunca había conocido a un adulto que se emocionara tanto por un tren, de modo que se descubrió sonriendo mientras su tío le contaba sus entresijos con entusiasmo infantil.

Entonces, Nat se paró en seco y Hal chocó contra él.

–¿Ves ese tono de rojo? Se llama «burdeos», y es el color de librea de la familia real. No lo encontrarás en ningún otro tren.

El niño se fijó en el denso color rojo, rebosante de poder y de historia como la sangre de los reyes.

–Este vagón –prosiguió su tío– es el salón del rey Eduardo. Se construyó antes de la guerra, a petición de Jorge V. Cuenta con una estupenda biblioteca, así como con mesas de juego y un tablero de dardos.

–¿Dardos? ¿Eso no será peligroso, cuando el tren esté en movimiento?

–Por supuesto, pero así es más divertido. Ese es el vagón restaurante donde tomaremos el desayuno, el almuerzo y la cena, y por donde entraremos al tren, a través de esas puertas dobles.

Un hombre alto, con un traje rojo de botones dorados y ribetes a juego en los bolsillos y las solapas, dio un paso